

GIACOMO LEOPARDI

CANTOS

Traducción de Antonio Gómez Restrepo

Presentación de Ana María Gazzolo

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

VI

BRUTO EL MENOR

Cuando vencida, sobre el polvo tracio
cayó, con ruina inmensa,
la itálica virtud: hora nefasta
en que de Hesperia a los risueños valles
y al rojo Tíber preparó el destino
de bárbaros corceles las pisadas,
y desde el fondo del desnudo bosque
que la Osa helada oprime,
a asolar el romano, ínclito muro,
llamó el gótico acero,
sudando y tinto en la fraterna sangre,
Bruto, en oscura noche, en hosco sitio,
resuelto ya a morir, al inflexible
numen y al Orco acusa,
y con queja violenta
en vano hiere el aura soñolienta:

«¡Necia virtud! La hueca niebla, el campo
de sombras vagarosas
tu escuela son; y en pos de ti se arrastra
vil arrepentimiento. A vos, marmóreos
númenes (si los númenes imperan
en el espacio azul o en Flegetonte),
es objeto de burla y de desprecio

la prole abandonada
a quien templos pedís; y fraudulenta
ley al mortal insulta.
¿Con que a tal punto la piedad humana
mueve ira celestial? ¿Con que tú, ¡oh Jove!
bajo tu amparo escudas al perverso,
y cuando oscura nube
la tempestad inflama,
sobre el justo varón vibra tu llama?

»Oprime el hado adverso y la inflexible
necesidad al débil
esclavo de la muerte; y si no logra
su amenaza esquivar, se inclina el vulgo
al daño inevitable. ¿Pero es menos
agudo el mal por carecer de alivio?
¿Dolor no siente acaso el que despoja
su pecho de esperanzas?
Guerra mortal, eterna, oh hado indigno,
te hace el hombre valiente,
resuelto a resistir, y si tu diestra
tirana lo comprime vencedora,
indómito agitándose se yergue
cuando en el noble pecho
hunde la espada aguda,
y a las sombras, irónico, saluda.

»Odian los dioses al que audaz se lanza
al Tártaro: ¡no hubiera
tanto valor en los eternos pechos!
¿Acaso el cielo reservarse quiso

nuestras acerbas penas, los aciagos
sucesos, los afectos infelices,
cual festivo espectáculo a sus ocios?
No mísera y culpada,
mas vida libre y pura entre las selvas
nos concedió natura,
reina un tiempo y deidad; hoy, cuando impía
costumbre hundió su venturoso imperio
y al mísero vivir puso otras leyes,
cuando sus tristes días
alma viril rehúsa,
¿naturaleza, sin piedad, la acusa?

»De culpa ignara y de sus propios males,
la afortunada fiera
serena marcha al imprevisto paso,
por la vejez caduca conducida;
mas si atroz sufrimiento la impulsara
a herir la frente contra rudo tronco,
o de la cima de empinada roca
lanzárse al abismo,
a su mísera acción no se opusiera
ninguna ley arcana
o tenebroso ingenio. Tú, tan solo,
de todos los innúmeros vivientes,
prole de Prometeo, odias la vida;
a ti la eterna playa
pisar Jove te niega,
si lento el hado a tus anhelos llega.

»Y tú, del mar que nuestra sangre baña,

cándida luna, surges,
explorando las sombras intranquilas
y el campo infausto a la virtud ausonia.
El duro vencedor pone la planta
sobre cuerpos de hermanos; las colinas
tiemblan, y de la cima de su gloria
la antigua Roma cae.
¿Y tú tranquila estás? Tú la naciente
prole lavinia, el áureo
siglo miraste y el laurel eterno;
y tú sobre los montes, la inmutable
luz verterás, cuando con grave mengua
del siervo ítalo nombre,
bajo planta nefaria
resonará la tierra solitaria.

»En su desnuda roca o verde ramo,
la fiera y la avecilla,
el pecho lleno de nocturno olvido,
ignoran la alta ruina y la cambiada
suerte del mundo, y cuando el pobre techo
del activo labriego se colore
al indeciso resplandor del alba,
con matutino canto
esta los valles llenará, y aquella
perseguirá en los bosques
de alimañas la tímida bandada.
¡Oh acaso, oh raza vil! La escoria somos
del mundo; y ni esta gleba enrojecida
ni los antros del monte

nuestro mal lamentaron,
ni su luz las estrellas amenguaron.

»Yo, en el instante de morir, no invoco
a las sordas deidades
del Olimpo y el Orco, ni a la indigna
tierra ni a las tinieblas de la noche;
ni a ti tampoco, de la negra muerte
última luz, ¡oh póstuma justicia!
¿Cuándo a orgullosa tumba los suspiros
y ofrendas aplacaron
de vil caterva? Osténtanse los tiempos
cada vez más aciagos. No se entrega
a indignos descendientes
la hora de un alma grande, y la vindicta
suprema de los míseros. En torno
bata el buitre sus alas,
lléveme el torbellino,
y piérdanse mi nombre y mi destino.»

XII

EL INFINITO

Siempre grata me ha sido esta colina
y la alta cerca que en redor se extiende
a mi vista cerrando el horizonte;
aquí, sentado a meditar, me finjo
tras de esa valla espacios insondables,
sumo silencio y calma tan profunda,
que casi me da espanto; y como el viento
oigo en la selva susurrar, comparo
el silencio infinito a sus rumores;
pienso en lo eterno, y en los tiempos idos,
y en el tumulto de la edad presente.
En esta inmensidad mi alma se anega
y dulcemente en este mar naufrago.

XIII

LA NOCHE DEL DÍA DE FIESTA

Dulce y clara es la noche; el viento duerme;
inmóvil sobre huertos y tejados
luce la blanca luna, descubriendo
las lejanas montañas. Dueño mío,
ya callan los senderos y tan solo
brillan aquí y allí luces nocturas
en los balcones. Descuidada duermes,
de fácil, dulce sueño aprisionada,
en tu callada estancia, y no te punza
ningún pesar, y en tu quietud olvidas
la fiera llaga que me abrió tu mano.
Duermes; yo en tanto a saludar me asomo
el firmamento, al parecer benigno,
y la antigua natura omnipotente
que me formó para el dolor. «Renuncia
—me dijo— para siempre a la esperanza;
aun la esperanza te arrebató, y solo
brillen tus ojos con el llanto». Día
de fiesta es este, y de tus dulces juegos
ora reposas, y quizá recuerdas,
soñando, a cuántos agradaste y cuántos
gratos te fueron; pero yo no surjo
jamás en tu memoria. En tanto pienso
cuánto me queda por vivir, y a tierra

me arrojé y grito y tiemblo. ¡Horrendos días
en tan risueña edad! Por el sendero,
no lejos, oigo el solitario canto
del labrador que, al terminar la fiesta,
torna, ya tarde, a su olvidada choza.
Y fieramente el corazón me oprime
el pensamiento de que todo pasa
Y apenas deja huella. Murió el día
festivo, y otro de labor ya llega,
y arrastra el tiempo las humanas cosas.
¿A dónde es ido el esplendor de aquellos
antiguos pueblos, la ruidosa fama
de nuestros padres, y el imperio augusto
de Roma, y de sus armas el estruendo
que la tierra llenó y el oceano?
Todo es paz y silencio; el mundo calla,
y de ello no habla el hombre. En mi primera
edad, cuando con ansia se suspira
por la llegada de la fiesta, luego
que era pasada, adolorido, en vela,
me reclinaba en las ingratas plumas,
y en alta noche, un canto que se oía
lentamente alejarse por la senda,
el corazón ansioso me oprimía.

XIV

A LA LUNA

¡Oh solitaria luna! Bien me acuerdo
que, ha un año, lleno de inquietud venía
sobre este montecillo a contemplarte,
y tú te alzabas sobre aquella selva
cual te alzas hoy, las sombras disipando.
Pero a mis ojos, que inundaba el lloro,
tu faz apareció trémula, opaca,
que entonces era amarga mi existencia,
como lo es hoy, mi predilecta luna.
Nada cambia en mi ser, y sin embargo
me gozo en el recuerdo, recontando
mis años de dolor. ¡Oh, cómo es dulce
en la edad juvenil, cuando es la vida
breve al recuerdo y larga a la esperanza,
tornar la vista a las pasadas cosas,
por más que tristes para el alma sean
y que aun la huella del afán perdure!

EL SUEÑO

Era la aurora; el rayo matutino
de mi balcón por las cerradas hojas
se iba insinuando en mi tranquila estancia,
cuando, a la hora en que el amable sueño
más blando y leve oprime las pupilas,
surgió a mi lado y me miró al semblante
el fantasma de aquella que primero
me habló de amor y me dejó en el llanto.
Muerta no parecía no parecía, mas su rostro
reflejaba el dolor. Puso la diestra
Sobre mi frente, y triste suspirando,
«¿Vives? —me preguntó—. ¿Y algún recuerdo
guardas de mí?» «¿De dónde y cómo vienes,
cara beldad? —le dije—. ¡Oh, cuánto, cuánto
por ti he sufrido y sufro, y no creía
que a saberlo llegaras! Triste idea
que aumentaba el rigor de mis pesares.
¿Y ora de nuevo dejarásme? Tiemblo
solo a pensarlo. ¿Y cuál tu suerte ha sido?
¿Eres la misma de otro tiempo? ¿Oculto
dolor te roe el corazón?» «El grave
olvido nubla tu razón y el sueño
la envuelve en sombras, contestó: la muerte
ha largos años me segó, y tus ojos

XXV

EL SÁBADO DE LA ALDEA

A la puesta del sol, la alegre niña
torna de la campiña
con su haz de yerba y el florido ramo
en que lucen al par violeta y rosa,
y que inocente apresta
para adornar gozosa
pecho y cabellos al llegar la fiesta.
A par con la vecina
siéntase a hilar en el umbral la anciana
volviendo el rostro al astro que declina,
y se transporta a la estación lejana
cuando, aún fresca doncella,
danzaba al terminarse la semana
con sus amigas de la edad más bella.
El aire se oscurece,
se matizan de azul los horizontes,
y descienden las sombras de los montes
cuando la luna cándida aparece.
La torre de la villa
la fiesta anuncia, y sus alegres sonos
bajan a confortar los corazones.
Sobre la plaza la vivaz cuadrilla
de rapaces gritando
y aquí y allí saltando,

XXVIII

A SÍ MISMO

¡Reposarás por siempre,
cansado corazón! Murió el engaño
que eterno imaginé. Murió. Y advierto
que en mí, de lisonjeras ilusiones
con la esperanza, aun el anhelo ha muerto.
Para siempre reposa;
basta de palpitar. No existe cosa
digna de tus latidos, ni la tierra
un suspiro merece. Afán y tedio
es la vida, no más, y fango el mundo.
Cálmate y desespera
la última vez; a nuestra raza el hado
solo otorgó el morir. Por tanto, altivo
desdeña tu existencia, y la natura,
y la potencia dura
que con oculto modo
sobre la ruina universal impera,
y la infinita vanidad del todo.

XXXV

JUGUETE

Cuando vine en mi infancia
a estudiar de las musas en la estancia,
una de ellas tomóme de la mano
y con aire sonriente
mostróme largamente
de su taller lo arcano.
Fueme enseñando aparte
los útiles del arte,
los servicios diversos
que, conforme a su hechura,
prestan en la factura
de la prosa y los versos.
Mirando cada cosa
dije: «¿Y la lima?» Y replicó la diosa:
«La lima se dañó y está en desuso.»
Y yo observéle: «Musa, ¿no os asalta
la gana de rehacerla?» Y me repuso:
«Debe rehacerse, pero el tiempo falta.»

XXXVII

FRAGMENTO

ALCETA

Oye Meliso: he de contarte un sueño de esta noche, que vuelve a mi memoria al contemplar la luna. Me encontraba en la ventana que responde al prado, mirando al firmamento; de improvviso destácase la luna, y me figuro que, cuanto en su caída va acercándose, tanto crece a mi vista, y que al fin viene a dar de golpe sobre el prado; y era grande como una herrada, que de chispas vomitaba una niebla crepitante, como carbón ardiendo que se hunde en el agua y se extingue. De este modo la luna, como he dicho, sobre el prado se apagó poco a poco ennegreciéndose, y alrededor las hierbas humeaban. Y vi, en el cielo, que quedaba entonces una vislumbre o huella, o bien el hueco de donde fue arrancada; de tal suerte, que me helé de terror, y aún siento angustia.

MELISO

Y bien has de temer, que fácil cosa
fuera caer la luna en tu pradera.

ALCETA

¡Quién sabe! ¿No se ven por el verano
las estrellas caer?

MELISO

Tantas existen,
que poco ha de importar que algunas caigan,
conservándose mil. Pero la luna
en el cielo está sola y de ninguno
caer fue nunca vista sino en sueños.

XLI

DEL GRIEGO DE SIMÓNIDES

Que humana cosa poco tiempo dura,
dice el viejo de Quío,
es máxima segura;
igual se extingue el brío
del hombre y de la planta.
Y esta útil sentencia
pocos recogen. El afán que encanta
y el corazón enciende
encuentra siempre asilo en la inocencia.
Mientras la flor esplende
de la amarga existencia
la orgullosa vehemencia
del alma vacua se ilusiona en vano;
ni muerte espera mi vejez; ninguna
dolencia el mozo temerá lozano.
¡Menguada la fortuna
de quien no sabe que la vida vuela
y cómo de la cuna
el helado sepulcro está cercano!
¡Ya próximo al arcano
fatal, que el alma hiela,
del plutonio tirano,
de sobra tú conoces
cuán breves son los terrenales goces!